

sia– y la fidelidad al Santo Padre al interior de la Vida Consagrada en la Iglesia. He aquí parte de su mensaje.

«La Iglesia espera de vosotros una luz para restaurar el *Sensus Ecclesiae*. Vuestra especialidad son los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. De esta obra magnífica de la espiritualidad católica forman parte integrante y esencial las reglas del *sentire cum Ecclesia* (**ne**: *sentir con, como Iglesia, sentirse y actuar como Iglesia*).

Son como un broche de oro con el cual se cierra el libro de los Ejercicios Espirituales. En vuestras manos tenéis los elementos para profundizar y actualizar este deseo, este sentimiento ignaciano y eclesial», agregó el Prefecto para la vida religiosa (7 enero 2008).

También Su Santidad Benedicto XVI entregó un discurso a los miembros del Camino Neocatecumenal el viernes 20 de enero del 2012. Presentamos parte del discurso:

«Como sabemos, este compromiso no siempre es fácil. A veces estáis presentes en lugares donde es necesario un primer anuncio del Evangelio, la *missio ad gentes*; a menudo, en cambio, en regiones que, aun habiendo conocido a Cristo, se han vuelto indiferentes a la fe: el laicismo ha eclipsado el sentido de Dios y oscurecido los valores cristianos.

Allí vuestro compromiso y vuestro testimonio han de ser como la levadura que, con paciencia, respetando los tiempos, con *Sensus Ecclesiae*, hace crecer toda la masa».

También la Conferencia del Episcopado Dominicano en su Carta Pastoral a la Vida Consagrada (enero 2015) apuntó lo siguiente:

«La Vida Consagrada se realiza en comunión con toda la Iglesia y pertenece a la vida misma de la Iglesia. Testimonio de esta plena comunión con la Iglesia lo encontramos en los fundadores y fundadoras en quienes “*aparece siempre vivo el sentido de la Iglesia, que se manifiesta en su plena participación en la vida eclesial en todas sus dimensiones, y en la diligente obediencia a los pastores, especialmente al romano pontífice*”.

«En este contexto de amor a la Santa Iglesia se comprenden bien la devoción de Francisco de Asís por «*el Señor Papa*», el filial atrevimiento de Catalina de Siena hacia quien ella llama «*dulce Cristo en la tierra*», la obediencia apostólica y el *Sentire cum Ecclesia* (sentir con la Iglesia) de Ignacio de Loyola, la gozosa profesión de fe de Teresa de Jesús: «*Soy hija de la Iglesia*»; como también el anhelo de Teresa de Lisieux: «*En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor*».

Hermanos mayores nuestros que han logrado percibir el privilegio de ser hijo de la Iglesia, de esforzarse en conocerla, de amarla, etc. Lo que nos lleva nuevamente al Estatuto 41:

«Nadie se sacrifica por lo que no ama, y nadie ama lo que no admira, y nadie admira lo que no conoce. El estudio de la Eclesiología y la Liturgia contribuirán en esto si se llevan a la vivencia.

Dos principios son muy importantes para conseguirlo; estos son:
el primero hacia sí mismo es «ser Iglesia»;

el segundo, hacia la comunidad es «hacer Iglesia».

-D-Abril-2026-08-

Didáctica: PATRIS CORDE (IV)
DEL SANTO PADRE PAPA FRANCISCO
CON MOTIVO DEL 150.º ANIVERSARIO
DE LA DECLARACIÓN DE SAN JOSÉ
COMO PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Coordina Yasmín Samperio

Lunes 6 de Abril curso formativo-lectivo 2025-2026

Itinerario: <Quemadmodum Deus=,	(8 diciembre 1870)	Papa Pío IX
<Inclytum Patriarcham”	(7 julio 1871)	Papa Pío IX
<Quamquam pluries=	(15 agosto 1889)	Papa León XIII
<Neminem fugit=	(14 junio 1892)	Papa León XIII
<Letanías a San José=	(18 de marzo 1909)	Papa San Pío X
<Bonum sano=	(25 julio 1920)	Papa Benedicto XV
<Discurso solemnidad=	(1º mayo 1955)	Papa Pío XII
<Le voci=	(19 marzo 1961)	Papa San Juan XXIII
<Redemptoris Custos=	(15 agosto 1989)	Papa San Juan Pablo II
<Patris Corde=	(8 diciembre 2020)	Papa Francisco

3. Padre en la obediencia

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cfr. 2,²¹⁻²⁴).

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “*fiat*”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cfr. Ex 20,¹²).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cfr. Jn 4,³⁴). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia y se hizo «*obediente hasta la muerte [...] de cruz*» (Flp 2,⁸). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «*aprendió sufriendo a obedecer*» (5,⁸).

Todos estos acontecimientos muestran que José «*ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”*»

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «*La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de*

-D-Abril-2026-01-

varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio».

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia.

Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo.

Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «*Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?»* (Jb 2, ¹⁰).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo.

Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «*José, hijo de David, no temas*» (Mt 1, ²⁰), parece repetirnos también a nosotros: “*¡No tengan miedo!*”.

Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —*sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza*— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto.

La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. No importa si hoy todo parece haber tomado rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3, ²⁰).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «*Sabemos que todo contribuye al bien*

Iglesia, empezaremos a hacer lo que está en nuestras manos para solucionar cada situación en concreto.

El ser “*valientes*” de reconocer que por acciones humanas, no todo en la Iglesia es válido, lícito o bueno.

DIDACTICA: SENSUS ECCLESIAE III

Lunes 27 Abril curso formativo-lectivo 2025-2026

Crecer con la mentalidad que la Iglesia nos necesita como hijos activos, realistas pero positivos, lo que nos hará participar en asambleas y demás reuniones con la intención de que en unión de más personas con la misma idea de fortalecer a la Iglesia, de encontrar las posibles soluciones y las vías adecuadas y correctas, para no caer en el riesgo de “*fracasar*” y desalentarnos rápidamente.

Por supuesto, con todo lo expuesto, no deseamos dar la idea que todo está mal, no, es mucho más y mejor lo que hay de bueno en ella que lo negativo, pero tampoco no podemos quedarnos con la actitud del avestruz que esconde la cabeza al verse en riesgo y no hacer lo que debe hacer.

No podemos quedarnos solo con lo bueno que tiene la Iglesia y desentendernos de lo que debemos intentar solucionar, al fin al cabo “*somos los brazos de Dios*”.

Tampoco podemos tomar la actitud de que lo hagan los otros y nosotros seguir disfrutando de los bienes y dones de la Iglesia mientras ellos trabajan por su responsabilidad y además realizando lo que nos toca a nosotros.

Sensus Ecclesiae es también no sólo hacer lo que tenemos que llevar a cabo, sino también hacerlo bien, (*satisfactoriamente dice el Estatuto 49, o lo “bueno y lo mejor”*) encontrar bajo un discernimiento correcto el camino de seleccionar cuidadosa y desinteresadamente y, con los conocimientos necesarios los mejores “*modos*”, las mejores “*maneras*”, las mejores “*formas*” para llevar a todos con la misma mentalidad de Sensus Ecclesiae lo que es mejor para ella y para sus hijos en cuanto a lo que nos toca, pues Dios hará el resto, lo más importante.

Sensus Ecclesiae es cumplir con la espiritualidad del ELSP de a través de nuestras acciones buscar la gloria de Dios y la salvación de todos los hombres.

Tomemos otro ejemplo eclesial sobre la Sensus Ecclesiae:

Durante la misa con la que dio inicio la 35ª Congregación General de la Compañía de Jesús (*Jesuitas*), el Cardenal Frank Rodé, Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, pidió a los hijos de San Ignacio ayudar a restaurar el “*Sensus Ecclesiae*” —sentido de Igle-

Pero este sentimiento de pertenencia es no sólo un “sentimiento bonito”, es ser congruente en el saber que somos Iglesia y en la voluntad de hacer Iglesia; de ser digno miembro de tal Institución divina-humana; es una tendencia de vida que nos rige.

El Papa San Pablo VI, que siempre recomendaba el cantar en la liturgia y hacerlo de manera adecuada y con los cantos correctos hablaba del *Sensus Ecclesiae* aplicado al canto y a la liturgia, decía que sin el *Sensus Ecclesiae* el canto, en lugar de ayudar a fundir los espíritus en la caridad, puede ser origen de malestar, de disipación, de deterioro de lo sagrado, cuando no de división en la misma comunidad de los fieles, pues en lugar de un *Sensus Ecclesiae*, puede ser que el motivo primario que nos mueva sea el del lucimiento, de competencia, de ser o terminar primero.

El *Sensus Ecclesiae* significa también obedecer a la Iglesia, defenderla, fortalecerla, nutrirla, acrecentarla, etc. Todo esto, con nuestras limitadas fuerzas, con la plena conciencia que el Señor nos premiará no por lo que logramos (*los éxitos apostólicos dependen completamente de Él, y se realizarán –si es su deseo– cuando Él quiera, como quiera y lo que quiera*), sino por lo que intentamos en su nombre.

Y si *Sensus Ecclesiae* es también conocerla, entonces implica esforzarnos en la medida de nuestras posibilidades en estudiar profunda y seriamente “*Las cosas de Dios*”, con verdadera atención no tanto conocer el texto de una lección, ni para “*saber más*”, que los demás vean que sabemos, sino con la idea de la oportunidad que nos proporciona Dios de conocerlo, y de conocer también su Instrumento salvador que es la Iglesia.

Conocer sus criterios (*de la Iglesia*), sus líneas de pensamiento, de acción, de decisión; pero ir a la fuente, estudiar no solamente nuestras lecciones, sino gradualmente también los Documentos pontificios, el Magisterio del Papa actual, (*sabías por ejemplo, ¿que en tan solo en dos años y dos meses el Papa Francisco cuenta con más de mil doscientas catequesis?*).

¿Cómo pensar como hijos de la Iglesia si no la conocemos plenamente? ¿Cómo ser un auténtico cristiano si no estamos unidos con nuestros hermanos en Cristo mediante el vínculo sagrado que es la Iglesia? ¿Sin conocer qué regula el actuar de la Iglesia y por qué?

El *Sensus Ecclesiae* es reconocer que no todo funciona bien en el interior de la Iglesia -y no porque Dios la deje a su suerte- sino por el actuar de sus hijos porque no todos hacen lo que deben hacer, y que incluso, algunos hacen lo que la va minando. A Dios gracias, siempre ha habido “*Un resto fiel*” que nos sostiene.

Si reconocemos que simplemente no todo “*es bonito*” en la

de quienes aman a Dios» (*Rm 8,28*). Y san Agustín añade: «*Aun lo que llamamos mal (etiam illud quod malum dicitur)*». En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan.

La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “*con los ojos abiertos*” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cfr. *1 Co 1,27*), es «*padre de los huérfanos y defensor de las viudas*» (Sal 68,⁶) y nos ordena amar al extranjero.

Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cfr. Lc 15,¹¹⁻³²).

Equipo Laico al servicio de la Pastoral

DIDACTICA: SENSUS ECCLESIAE I

Lunes 13 Abril curso formativo-lectivo 2025-2026-

Hacia el VI Encuentro general

Tomado de SV 5º y Posgrado I:

Espiritualidad de nuestra Obra

En esta lección continuamos con el tema de la Iglesia, en esta ocasión mediante la conciencia, el conocimiento, el sentir que somos Iglesia: el “*Sensus Ecclesiae*” (*sentido de Iglesia*).

Qué mejor que iniciar con este sentido de Iglesia que leer la meditación del Papa Francisco en la Capilla Santa Martha, del jueves 30 de enero del 2014, homilía titulada: “*Entre Cristo y la Iglesia ninguna dicotomía*”:

«*La lectura del salmo 132 (131) nos abre la puerta para reflexionar sobre la Palabra de Dios en la liturgia de hoy. Dice el texto: «Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes». Por lo tanto el rey David como modelo; el rey David como el hombre que trabajó mucho, que se entregó en gran medida por el Reino de Dios.*

Un pensamiento que se relaciona con el pasaje del segundo libro de Samuel (7,^{18-19,24-29}) que hemos escuchado hoy, continuación del de ayer. El texto relata el pensamiento de David, que reflexiona: «yo vivo en un palacio, pero el arca del Señor está aún en una tienda: hagamos un templo». La respuesta del Señor es negativa: «No, tú no, lo hará tu hijo. Y «David acepta, pero acepta con alegría», presentándose ante Dios y hablándole «como un hijo a un padre».

David empieza así: «¿Quién soy yo, mi Dueño y Señor, y quién la

casa de mi padre, para que me hayas engrandecido hasta tal punto?». Ante todo se pregunta: «¿Quién soy yo?». Recuerda bien haber sido «un joven pastor de ovejas», como dice en otro pasaje, «tomado de entre las ovejas» y que se convirtió «en rey de Israel». He aquí, entonces, el sentido de la pregunta de David: «¿Quién soy?».

Una pregunta capaz de revelar que David tenía precisamente un sentimiento fuerte de pertenencia al pueblo de Dios. Y esto me hizo reflexionar: sería hermoso preguntarnos hoy cómo es nuestro signo de pertenencia a la Iglesia: el sentir con la Iglesia, sentir en la Iglesia.

En efecto el cristiano no es un bautizado que recibe el bautismo y luego sigue adelante por su camino. No es así, porque el primer fruto del bautismo es hacer que pertenezcas a la Iglesia, al pueblo de Dios.

Por lo tanto, no se comprende un cristiano sin Iglesia. Por ello, el gran Pablo VI decía que:

«Es una dicotomía absurda amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia; estar con Cristo al margen de la Iglesia.

Es una dicotomía absurda».

En efecto, el mensaje evangélico lo recibimos en la Iglesia y nuestra santidad la hacemos en la Iglesia. Nuestro camino está en la Iglesia. La alternativa, es una fantasía o, como decía Pablo VI, «una dicotomía absurda».

Profundicemos en este sentir con la Iglesia. En latín se dice Sensus Ecclesiae: es precisamente «sentir, pensar y querer dentro de la Iglesia». Reflexionando en este pasaje de David, sobre la pertenencia al pueblo de Dios, podemos encontrar tres pilares de esta pertenencia, de este sentir con la Iglesia: humildad, fidelidad y servicio de la oración.

En cuanto al primero una persona que no es humilde no puede sentir con la Iglesia: sentirá lo que a ella le gusta. La auténtica humildad, precisamente, «se ve en David», quien pregunta: «¿Quién soy yo, Señor Dios, y qué es mi casa?».

David tiene consciencia de que la historia de salvación no comenzó conmigo y no acabará cuando yo muera. ¡No! Es precisamente una historia de salvación, a través de la cual el Señor te toma, te hace ir adelante y luego te llama; y la historia continúa.

Humildad es, ser consciente de que «la historia de la Iglesia comenzó antes de nosotros y seguirá después de nosotros». Porque «somos una pequeña parte de un gran pueblo que sigue el camino del Señor».

La fidelidad, el segundo pilar, está relacionada con la obediencia. Al respecto, volvamos a proponer la figura de David que obedece al Señor y también es fiel a su doctrina, a su ley: por lo

tanto «fidelidad a la Iglesia, fidelidad a su enseñanza, fidelidad al Credo, fidelidad a la doctrina y custodiar esta doctrina».

Así, «humildad y fidelidad» van juntas. También Pablo VI nos recordaba —dijo— «nosotros recibimos el mensaje del Evangelio como un don. Y debemos transmitirlo como un don. Pero no como algo nuestro. Es un don recibido que damos».

DIDACTICA: SENSUS ECCLESIAE II

Lunes 20 Abril curso formativo-lectivo 2025-2026

Y «en esta transmisión» es necesario ser fieles, porque nosotros hemos recibido y debemos dar un Evangelio que no es nuestro, es de Jesús. Y no tenemos que convertirnos en dueños del Evangelio, en dueños de la doctrina recibida para usarla a nuestro gusto.

Con humildad y fidelidad, el tercer pilar es el servicio: servicio en la Iglesia. Está el servicio a Dios, el servicio al prójimo, a los hermanos, pero yo aquí hago referencia sólo al servicio a Dios. Punto de partida es una vez más la actitud de David: cuando termina su reflexión ante Dios, que es una oración, ora por el pueblo de Dios.

Precisamente éste es el tercer pilar: rezar por la Iglesia.

Se lee en el pasaje del Antiguo Testamento: «Tú, mi Dueño y Señor, eres Dios, tus palabras son verdad y has prometido a tu siervo esté bien». También a nosotros el Señor nos aseguró que «la Iglesia no será destruida» y las puertas del infierno no prevalecerán «contra ella». El pasaje del segundo libro de Samuel sigue así: «Dígnate, pues, bendecir esta casa de tu siervo, para que permanezca para siempre ante ti». Son palabras que sugieren una pregunta: ¿Cómo es nuestra oración por la Iglesia? ¿Rezamos por la Iglesia? En la misa, todos los días, ¿y en nuestra casa? ¿Cuándo recitamos nuestras oraciones?. Se debe orar al Señor por toda la Iglesia, por todas las partes del mundo. He aquí la esencia de un servicio ante Dios que es oración por la Iglesia.

Por lo tanto la humildad nos hace comprender que estamos integrados en una comunidad como una gracia grande y que la historia de la salvación no comenzará conmigo, no acabará conmigo: cada uno de nosotros puede decir esto. La fidelidad nos recuerda, en cambio, que hemos recibido un Evangelio, una doctrina a los cuales hay que ser fieles y custodiar.

Y el servicio nos impulsa a ser constantes en la «oración por la Iglesia. Que el Señor, fue su deseo como conclusión, nos ayude a seguir por este camino para profundizar nuestra pertenencia a la Iglesia y nuestro sentir con la Iglesia».(Hasta aquí Su Santidad).